

Para los muy barojianos

Juan Carlos ARA TORRALBA
Universidad de Zaragoza

Algo tendrá la figura y la obra de Pío Baroja para que, de cuatro lustros acá, no haya habido año libre de ocasión celebratoria: sea por los XVI volúmenes de las *Obras Completas* de Galaxia Gutenberg, por los varios monográficos de revistas académicas, por los necesarios rescates y exhumaciones de textos no editados en vida de Baroja, por las convocatorias de congresos y simposios internacionales, o por la publicación de la más seductora y clarividente biografía escrita sobre el autor, aquella que firmó la pluma de José-Carlos Mainer en 2012. Y mucho explica la extraordinaria vigencia del autor de *Silvestre Paradox* la aventura editorial emprendida por Joaquín Cíaurriz desde Pamplona y 2017 cobijada bajo el marbete de “Baroja (& Yo)”. Hasta los días que corren (mayo de 2018), el sello Ipso Ediciones ha entregado doce libros de la serie; a saber: *Lúcida melancolía*, de Soledad Puértolas, *Un anarquista de derechas*, de Luis Antonio de Villena, *Mujeres barojianas*, de Ascensión Rivas Hernández, *La boina del viajero*, de Antonio Castellote, *Barojiano y todo lo contrario*, de Eduardo Laporte, *En el País del Bidasoa*, de Sergio del Molino, *La otra vuelta del camino*, de Daniel Ramírez García-Mina, *Los pequeños mundos*, de Jon Juaristi, *El país de la niebla*, de David Jiménez Torres, *Un «morrois» chino con un higo en la coleta*, de Raúl Guerra Garrido, *El lector impenitente*, de Justo Serna, y *Órdago-Hor dago*, de Bernardo Atxaga y Joxemari Iturralde.

Son doce pequeñas joyas; y preciosas en tanto que nos ofrecen un muestrario valiosísimo de lo que podríamos llamar estética de la recepción de la obra barojiana en el siglo XXI. O de un modo menos engolado y académico: hablan de la innegable vigencia de Baroja ilustrada por las impresiones íntimas de unos lectores *prestigiados* entre los que no faltan profesores, novelistas o poetas. Porque el título de la colección dice mucho: Baroja como tópico inicial inexcusable, más un paréntesis (tan íntimo, *mudo* y aclaratorio él) donde la tipografía de la coqueta (y anglófila, como Baroja) *é* sustituye a la latina *Y* para dar paso a un *Yo* engrandecido por la mayúscula: dos mundos individuales que colaboran y se unen por la lectura, dos egolatrías (primero la de Baroja, desde luego, luego la del lector y sus mochilas biográficas y bibliográficas) fundidas por una hermosa figura retórica como es la *hendíadís*.

Del nacimiento y despliegue de la colección se deduce, claro parece, que Baroja es un *clásico* de la literatura española; que decir *Baroja* en el siglo XXI sigue diciendo mucho porque se sigue leyendo mucho. *Baroja*, hoy por hoy, no es solo una mera indicación denotativa, es, diríamos, un acto ilocutivo, performativo, lleno de *aboutness* (que diría John R. Searle), de una rica significación que denota todo un *universo de autor*.

Gravitan en aquel universo planetas llenos de tópicos que necesitan ser aireados, aclarados, *redimensionado* su territorio. Solo una lectura continuada y colectiva, íntima y sincera, libre de prejuicios académicos mostrencos, puede llevar a cabo esa recolonización (*puesta al día*, en definitiva) de las obras de Baroja, de sus tópicos y *planetas*. Ese es el fin último de la colección, el propósito radical que el paréntesis del título que la sella (*& Yo*) define y propicia; “Baroja (& Yo)” es, ni más ni menos, que todo un festín de impresiones de lectura diversas, solo *para los muy barojianos*.

El tercer título de la colección, firmado por la profesora de la Universidad de Salamaca Ascensión Rivas Hernández (*Mujeres barojianas*, Pamplona, Ipso Ediciones [Colección “Baroja (& Yo)”, n° 3], 2017, 91 pp.) nos sirve de emblema de todos estos anhelos y realidades de la empresa de Joaquín Cíaurriz. Cumple el coqueto libro con el designio proverbial de la colección, como es de la vivencia íntima, transparente, de la lectura de las obras de Baroja. Mediante el estilo apropiado, el del ensayo cálido que rehúye vanaglorias académicas, Ascensión Rivas nos ofrece su *private Baroja* –su ‘Baroja (& Ascensión Rivas)’– a través de lo que llama, brillantemente, “Retazos de intrahistoria” (epígrafe al que antepone unos deliciosos exergos de Fernando Aramburu y de *Azorín*), impresiones de lectura desde la niñez a los años de aquella tesis doctoral que al cabo editaría en 1998 (*Pío Baroja. Aspectos de la técnica narrativa*). Pero ante todo el texto de Ascensión Rivas orea y analiza dos turbios tópicos sobre Baroja que todavía pueden leerse en según que periclitados manuales y centones enciclopédicos: que Baroja no tenía *arte de novelar*, o lo que es lo mismo, que Baroja no tenía técnica, y que Baroja era un empedernido misógino. Del primero de los tópicos recuerda Ascensión Rivas que el mismo Baroja reflexiona en muchas ocasiones sobre el propio acto de escribir, de contar, y que ella misma diseccionó las técnicas narrativas en su libro de 1998, ardua labor académica que ahora recuerda y resume, en tono ensayístico, cálido y cordial, en las páginas del librito de 2017; para desmontar el segundo, Ascensión Rivas acude a las “Figuras femeninas en los cuentos” de Baroja. Aquí demuestra con solvencia el “marcado carácter pético” (p. 71) de la configuración de las mujeres en los cuentos de Baroja, como es el caso revelador de aquella *Mari Beltza* que pasa a ser rubia en la ensoñación barojiana del cuento homónimo de *Vidas sombrías* (“Mari Belcha”), de María Luisa en “Playa de otoño” o, finalmente, de Leonor de Alzate en *La dama de Urtubi*. Son ejemplos de cómo no conviene derivar acriticamente una supuesta misoginia barojiana solo por la lectura entusiasta de Schopenhauer y de que, en todo caso, se debería hablar de misantropía o de desconfianza antropológica del autor por las miserias de la condición humana. En el caso de la ensoñada conversión “rubia” de *Mari Beltza*, añadiríamos nosotros que es una elocuente manifestación del *modernismo* radical del joven Baroja admirador de los postulados y la pintura prerrafaelitas.

La evocación de la obra de Baroja como “puerto seguro” o “espacio familiar” es recurrente en el ensayo de Ascensión Hernández. Quizá por este lado haya que buscar el interés profundo, las bondades últimas (que las tiene, y muchas, este libro y el resto de la serie) de la colección “Baroja (& Yo)”: el feliz festín de los comensales invitados a la lectura compartida de Baroja. Que son muchos los invitados, numerosos los

socios congregados en el club Baroja, es cosa que demuestra la aventura editorial aquí comentada y, claro es, el propio libro de la profesora Ascensión Hernández Rivas.